

39

¡Dios salve a la República!

*La Prensa
Enero 4/1921*

La noticia comunicada ayer por la "United Press" a LA PRENSA y dada a conocer por nosotros ha tenido plena confirmación: el general Crowder viaja en estos momentos con rumbo a Cuba, a bordo de un acorazado de la potente armada norteamericana.

La nota oficiosa dada por las autoridades de la Casa Blanca en relación con este viaje del general Crowder, si bien concebida en términos comedidos, circunspectos, acoplados a los cánones que regulan los convencionalismos cancillerescos, es, sin embargo, suficientemente explícita para medir el alcance, la ingente trascendencia, que puede tener el viaje del nuevo enviado del gobierno de Washington.

No viene ahora el general Crowder, como vino en su anterior viaje, espectacular y pacíficamente a bordo de una nave aérea; ni viene tampoco, como vino el experto Rathbone, haciendo uno más, no por distinguido menos sujeto a las justas proporciones de un factor aritmético, en el conjunto de la suma total de viajeros a bordo de un buque destinado al transporte de pasajeros.

Viene el experto militar y experto jurista a bordo del "Minnesota," poderosísima unidad de la formidable flota de guerra de los Estados Unidos, exprofeso destinado al sólo objeto de conducirlo, y rodeado, desde luego, de un aparato que da a su viaje un carácter especialísimo, inconfundible, imponente, circunstancias que reviven en nuestra mente el recuerdo del histórico viaje del "Denver" trayendo a su bordo a los condeces Taft y Bacon.

Ya estais, estimables conterráneos que clamábais por la ingerencia extraña en nuestros asuntos domésticos, satisfechos en vuestros deseos.

Surge imponente no el fantasma amenazante sino la realidad aterradora de una intervención extranjera, sabe Dios en qué forma y con qué fines.

Las pasiones desenfrenadas, las ambiciones insaciables, las venalidades y desvergüenzas imperantes en todos los órdenes de nuestra vida colectiva, han desatado sobre nuestro país una calamidad más que añadir a las muchas calamidades que ya lo abrumaban.

Cuba se halla en trance de caer de lleno bajo la hegemonía extranjera, pedida, traída o provocada por los propios cubanos.

¿Qué clase de gente es ésta que en su inconsciencia parece haber perdido todos los pudores y todas las virilidades y que sólo sabe inclinarse sumisamente ante el extranjero, después de no haber sabido conservar los bienes que ese mismo extranjero les legara generosamente?

¿Qué clase de elementos directores de los negocios públicos son estos que parecen incapacitados para el manejo de su propio patrimonio, inesperadamen-

te aumentado en extraordinarias proporciones con el alud de riqueza que les deparó la más tremenda catástrofe que jamás haya afligido a la humanidad civilizada?

¿Qué clase de gentes son estas, indiferentes, alestargadas o muertas para el ejercicio de la democracia, que no quieren el poder para otra cosa más que para entrar a saco en la hacienda pública y enriquecerse a todo trance, y que para conquistar el poder o mantenerse en él o apelar al fraude y a las coacciones violentas en el ejercicio del sufragio o se amotinan y destruyen el bienestar ajeno en prosecución de ambiciones impuras?

¿Son, acaso, de la misma estirpe de aquellas generaciones de cubanos que no contentos con ofrendar riquezas y bienestar en aras a la libertad de Cuba, ofrendaron también sus vidas en holocausto a la independencia patria, o son, por el contrario, engendros de una generación espuria y descastada, mil veces peor que la generación de víboras estigmatizada en el apóstrofe bíblico?

Tiene el pueblo con sus singularísimas intuiciones el admirable acierto de compendiar y reflejar en sus cantares el estado de ánimo colectivo en determinadas circunstancias.

Desde que la República tuvo el primer tropiezo en 1906, agravado con las consecuencias que trajo el viaje del "Denver," nuestras muchedumbres populares tienen la clara intuición de que nuestra existencia nacional no es todo lo sólida y estable que fuera de desear, estado de ánimo colectivo que se tradujo primero en son de queja plañidera en la canción que comenzaba diciendo: "¡Cuba, tus hijos lloran!"; en amarga decepción en aquella otra que decía: "Martí no debió de morir," y en honda desesperación en aquello que, sentando la hipótesis de que Maceo pudiera tornar a la vida, afirmaba que si el caudillo máximo de nuestras epopeyas redentoras contemplara la infelicidad de Cuba, de seguro moriría de vergüenza.

¡Ojalá que el viaje del "Minnesota," que positivamente llenará de regocijo a los cubanos que clamaban por la ingerencia extraña en nuestros asuntos domésticos, y que debiera avergonzarnos a todos, porque todos somos culpables—unos por acción y otros por omisión—de nuestras enormes desdichas colectivas; ojalá que ese viaje, repetimos, no facilite a la inspiración popular los temas que para traducir el sentimiento de las muchedumbres facilitaron las consecuencias provenientes del viaje del "Denver"!

Porque si es cierto que la historia se repite y que nos hallamos frente a una repetición del viaje del "Denver," sería cosa de pedir a Dios que salve a la República contra el desenfreno y la inconsciencia de sus propios hijos y contra la codicia de los extraños.